

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA – MICRORRELATOS Y RELATOS BREVES: 3ª Sesión.
Temporada 2021-2022 - 14 de diciembre de 2021

Nos acompaña el escritor Isaak Begoña, en una tarde amena y gozosa en la que escuchamos entusiasmados sus experiencias como escritor, viajero incansable, reportero, comunicador nato.

Su enorme figura y sus ojos diminutos, llenaron nuestro taller de alma, aventura, curiosidad y entrega. Nos traspasó su placer por la lectura y la escritura; nos descubrió que hay otros mundos, reales, no solo oníricos y descubrimos que para ser escritores tenemos mucho que leer y experimentar.

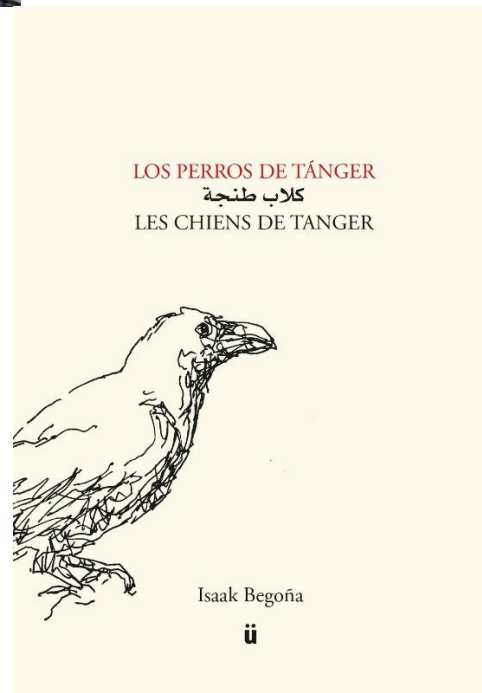
Su libro "Los Perros de Tánger", no es un libro cualquiera, tiene poesía, relatos cortos y sobre todo drama, alma, ambiente. Puedes saborearlo en cualquiera de sus estilos. El ambiente, la frontera, el espacio, nos inspiraron los relatos de este mes.



Para Eva y Genoveva

Herencia

Todo lo que dejo
(a mi familia)
es un puente en ruinas
algún viaje
recuerdos
y viejas heridas
Cruzad sin miedo
estaré esperando
en la otra orilla



TIERRA NATAL

Feelin

Volvía a su tierra natal una y otra vez, una y otra vez... para arrancar las raíces que se habían podrido.

EL ESCONDITE

Isabel Barrachina Montiel

¡Por mí y por todos mis compañeros! gritó Esther triunfante y orgullosa mientras el aroma a azahar que entraba del patio, lo impregnaba todo. Haberse escondido en la *Maqsura* había sido una idea genial porque el brillo del oro y de sus piedras preciosas habían despistado a Fátima. Tras la liberación y la algarabía por dejar el presidio, los chiquillos gritaron más de lo previsto, además Juan se resbaló con el suelo brillante de mármol y salió despedido contra una de las columnas y, a modo de dominó, el ruido se fue trasladando de una columna a otra a través de sus arcos blancos y rojos.

- *¿Qué está pasando aquí?* se oyó gritar desde el Coro mientras unos pasos cansados y asimétricos se acercaban.

El bosque de columnas era genial, pero ese capellán entrometido les había fastidiado el juego. Entre risas, Abdel y Moisés levantaron a Juan y los seis salieron corriendo por la Puerta del Perdón; Esther corrió hacia la calleja de las Flores, mientras Fátima, persiguiendo a Ana y enfadada por volvérsela a ligar, corría hacia la calleja del Pañuelo con la idea de que en la Judería sería aún más difícil atrapar a sus amigos.



MI BARRIO, QUE ES MI CIUDAD

Uxio Nadie

Llamando al telefonillo

A mí no me gusta la ciudad apretujada. Por eso, no salgo de mi barrio. Por eso, nosotros seguimos llamando al telefonillo y preguntando: “¿Baja Carlos a jugar un rato a la calle?”. En el parque, un descampado de tierra con cuatro bancos para que las madres y las abuelas se sienten a comer pipas de calabaza, jugamos a un gol regañado hasta que Benito, el panadero, abre de un portazo su tienda para chillarnos que paremos de dar pelotazos en la pared, pero antes de que le dé tiempo a salir con su bigote y su mandil manchados de harina, salimos pitando.

Perico y Maradona

Todos los locales comerciales abiertos, que todavía son pocos, se encuentran en los bajos de las seis altísimas torres de pisos que delimitan nuestro barrio. Dentro de esa frontera hemos participado con Perico en la Vuelta a España de chapas, haciendo las carreteras de arena con las manos; y también hemos jugado el Mundial del 86 con Maradona, metiendo los mejores goles con un balón de garbanzo en porterías de pinzas y redes de cajas de fruta. La peonza y las canicas también forman parte del calendario deportivo anual. Llegado el momento, tienes que tomar la difícil decisión de elegir qué comprar con tu paga: una esfera pitufa, un trompo con punta de tornillo o un paquete de cromos de la liga.

El quiosco tiene de todo (revistas guarras)

En el quiosco, tras la ventanilla, te atienden la Puri o el Rafa y siempre tienen de todo: chuches, globos, lápices, periódicos, coleccionables, las canicas, peonzas, chapas y cromos de las que hablaba antes, y, en un lateral, revistas guarras que todos los niños miramos de reojo al volver del cole. Marca uno de los límites de nuestro barrio, un puesto fronterizo a partir del cual ya hemos recogido a todos los amigos que vamos y venimos juntos a clase. Mi hermana, que es 14 meses mayor que yo y mucho más responsable, tiene que estar pendiente de mí por el camino para que no me entretenga con cualquier lucha imaginaria o tocando las plantas. Si no, los profes nos echarán la bronca por llegar tarde y no haber hecho la fila para entrar.

Jeringuillas, malotes y rodillas despostilladas

Otro de los confines de nuestro territorio es la carretera que va directa al polígono industrial donde trabajan casi todos los padres. Nos separa de otra ciudad, de otro barrio, el de los Pinos, en el que se juntan los malotes y al que tenemos prohibido entrar, literalmente, “porque os podéis pinchar con una jeringuilla”, nos avisan nuestros padres. Estos son los enemigos peligrosos, pero, para nosotros, los de la calle Constitución, nuestros auténticos rivales naturales, son los chicos de la Atalaya. Con ellos nos picamos en épicos partidos de fútbol en un campo a medio terminar construido en zona neutral.

Tiene más baches y agujeros que la luna y sus cráteres y, aunque todavía le faltan las porterías, siempre nos quedarán un par de mochilas para hacer de postes. En esta guerra fratricida puedes ganar o perder, pero lo que siempre te llevarás a casa son las rodillas despostilladas y el orgullo de que los mayores te hayan elegido para jugar de primeras.

Por eso, en la redacción que nos ha pedido la señorita Julia sobre lo que hemos hecho este puente, escribo que me quiero quedar a vivir siempre en mi barrio, que es mi ciudad.

HUESOS SOBRE LA ARENA

Albertina Oria de Rueda

María asoma sus ojos, abiertos de par en par, por la ventanilla del avión.

Ve la pista de tierra en el desierto de Tindouf. Los huesos de su espalda soriásica aterrizan, con un golpe seco, produciendo un grito de dolor.

Guardias argelinos uniformados aguardan en el interior de unos barracones para pedir a gritos los pasaportes.

A la salida, el grupo de jóvenes cooperantes esperan un autobús desvencijado, donación de la Diputación Provincial de Huesca, junto a miembros uniformados del Frente Polisario.

María tiene un brote de artritis psoriásica con dolor agudo y rojez en muñecas, rodillas y espalda. Se toma un doble de antiinflamatorio y un derivado opiáceo. El destartalado autobús le va dando brincos por el abrupto terreno para aumentar su angustia. Un silencio nuevo, como el desierto que la rodea, se rompe al frenar. Necesita que la ayuden a bajar.

Los seis chicos y tres chicas se alojan en una tienda. María duerme entre vapores de medicamentos. Al amanecer, desayunan queso de cabra y los llevan en un camión del ejército a una escuela de niños y niñas.

Después de la visita, María está destrozada de dolores. Ya de vuelta, al atravesar un *daira*, grita que paren. Ha visto moverse a un niño a cuatro patas, al que han arrastrado al interior de una casa de adobe. Se acerca tambaleante para entrar en la



sala donde unos ojos negros, abiertos de par en par, la miran con curiosidad.

Mohamed tiene doce años y una escoliosis severa en la columna que le impide ponerse de pie.

Es probable, es más que probable, que María consiga intervenir a Mohamed y enderezar sus huesos sobre la arena.

¡Vem et me-val!

Luis Miguel Palero

Tras un viaje de innumerables jornadas de las que he perdido la cuenta, exhausto, sin aliento, lleno de polvo, pero con una sonrisa, me recibe el pétreo hombre bueno donde antaño Juan Tuorum fue auxiliado por la divinidad. Los últimos pasos de mi andadura parecen más livianos y creo olvidar por un instante todas las dolencias acumuladas al rozar mi alma el ansiado destino. A mi derecha dejo la capilla de las ánimas, atravieso la plaza del ilustre manco y me da la bienvenida una dulce melodía celta. Allí, al girar la esquina, imponente, parece que me ha esperado durante siglos, no puedo evitar caer de rodillas y mis ojos se tornan vidriosos ante aquella visión. He llegado. *¡Vem et me-val!*



PARTIDO DE FÚTBOL

Gema García

Echaba de menos los atardeceres rojos. El tintineo de las tobilleras de su vecino Chitty que correteaba en el patio de atrás. El suave movimiento de la seda de los sarees de las mujeres que volvían a casa después de la jornada. El zumbido de los mosquitos en la zozobra de las últimas luces. Plaf. Casi se escuchaba el caer del sol en la distancia entre tanto silencio. Mientras, en la ciudad, llena de todo, de voces de la gente, de carteles informativos, del ruido de los claxon, de música de Bollywood, de olores diversos, se sentía abrumado y confuso. Era más fácil arrear a las cabritas, que transitar entre tanto vehículo. Quemaba el asfalto bajo sus pies. Llevaba en una bolsa de plástico su cepillo de dientes, un par de dulces envueltos en papel de periódico, una toalla que hacía también de estera para echarse sobre el suelo. No iba a ser tan fácil encontrar trabajo como le dijo su tío Manohar. Tampoco tener un lugar donde pasar la noche.

De repente los vio. Jugaban con un trozo de cuero redondo en una isla junto a la carretera. Desgreñados y sucios. Tuvo que unirse a ellos. Se peleaban por la pelota como los futbolistas de la tele. Era divertido.

La oscuridad llegó sin darse cuenta. Era tarde ya para buscar la estación; recogió su bolsa y se echó en la acera, junto a otras muchas personas que terminaban la jornada laboral y no tenían más espacio que poco más de un metro cuadrado sobre la calzada. Echaba de menos a su madre.

Mi capital.

Sara Castellanos Esteban

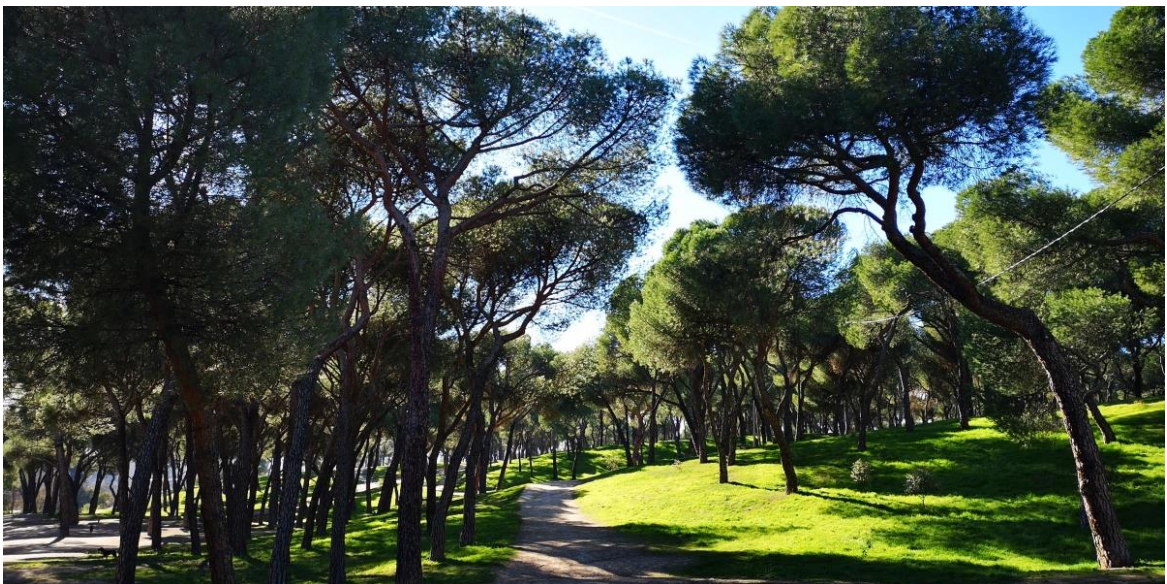
Me viste nacer. Mis primeros pasos fueron en tus calles, mis primeros juegos en tus parques, mis primeros besos respirando tu aire... Todo el mundo habla del estrés que llevas y traes, pero nunca lo viví así hasta que dejé de pisarte a diario. Nunca imaginé vivir lejos de ti, aunque pudiera escaparme días o quizá meses. La primera vez que te dejé tenía veintitantos años; fui un verano a trabajar a Londres y eché de menos muchas cosas de ti. Tu gente, tu bullicio, tus manjares, tus atardeceres y, sobre todo, mi Dehesa de la Villa.

Hace unos años la vida me alejó de ti, no demasiado, pues puedo visitarte a menudo; pero no te vivo a diario. Lo reconozco, sigo enamorada de ti, pero ahora veo esa locura que dicen que transmites los que viven en lugares pequeños. Incluso en ocasiones me he visto perdida cual Paco Martínez Soria por las nuevas líneas de tu metro.

No sé si volveré a vivirte, aunque a veces me gustaría volver a mi barrio, esa que siempre será mi casa. Eres una, pero muchas a la vez. Francos Rodríguez no se parece en nada a Orcasitas, por no hablar de Atocha, Sol, Lavapiés, el Barrio del Pilar o la Ciudad Universitaria... Eres bella y caótica, estás viva y nunca paras, y eso me encanta de ti.

He tenido la suerte de poder nacer en la ciudad más bonita del mundo donde un día, aún adolescente escribí este poema (no me lo tengas en cuenta, creo que no había cumplido ni los 14 años):

Madrid, mi ciudad natal,
en mi corazón, mi capital.
Madrid, con tus árboles y coches,
donde veo las estrellas todas las noches.
¡No te cambiaría por nada
ni aunque apareciera un hada!



El Sur

Julia Martin

Vuelvo al sur junto a ti. Por última vez.

A nuestra playa llena de atardeceres y besos.

Espero la puesta de sol. Siempre hermosa. Siempre distinta... dirías tú, invariablemente conmovido ante tanta belleza.

Con el viento que despeina mis canas, esparzo tus cenizas al océano. Las olas te alejan, te sumergen. Desapareces.

Solo queda el rumor del oleaje. Tu última despedida. Y yo siento que la tristeza que inunda mi corazón, se hace a un lado dejando un hueco para la paz de mi alma.

NÁUFRAGOS DE CIUDAD

Rosa Mª Torres Marino

Visto desde el cielo, el metro de esta enorme ciudad se asimila a un hormiguero del que no paran de salir y entrar laboriosas hormigas.

Una de ellas es María; lleva algunos meses por aquí, pero no acaba de hacerse al ritmo de la capital. Cuando camina por las grandes avenidas, echa de menos las calles estrechas y encaladas de su pueblo, pero lo que se le hace verdaderamente duro, es estar tan lejos del mar.

Todas las mañanas recorre varias estaciones hasta llegar a su lugar de trabajo. Durante el trayecto imagina la vida de sus compañeros de vagón, es un entretenimiento inofensivo y además nunca se aburre porque las caras aquí, cambian constantemente.

Esta señora de enfrente debe ser profesora: las gafas de pasta y esa coleta baja, pero bien terminada, ni un pelo fuera de su sitio lleva; la boca apretada, en una línea... seguro que es una sota, mejor que profesora, abogada...

Aquel muchacho ha quedado con la chica que le gusta o tiene una entrevista de trabajo importante: vaquero y camisa impecables, recién afeitado, me llega hasta aquí el olor del tónico. Seguro que le dicen que sí, en cualquiera de las dos opciones...

Pero entonces, en medio de su juego las puertas se abren otra vez y aparecen unos ojos que llenan de luz el vagón, la profundidad de esa mirada no le es desconocida.

Aquella noche de agosto, la segunda que formaba parte del equipo de salvamento de Cruz Roja, lo ha reconocido a la primera, como olvidar esa noche, esos ojos en medio de la oscuridad del mar.

Se incorpora de un salto y cruza el vagón como quien sigue una estela. Lo alcanza y después... tan solo el abrazo, esta vez de dos náufragos de ciudad. Que pequeño es el mundo y que precioso.